

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

P O R P A R T E S

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

POR PARTES

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

Pranas
Ediciones 



RiL editores

341.481 Latorre-Gentoso, Ítalo

L Dignidad por partes. Reflexiones en torno a la
ética del cuidado / Ítalo Latorre-Gentoso. --
Santiago : RIL editores, 202X.

132 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-1612-3

1 ÉTICA SOCIAL. 2 DERECHOS HUMANOS.



DIGNIDAD POR PARTES.
REFLEXIONES EN TORNO A LA ÉTICA DEL CUIDADO
Primera edición: junio de 2024

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2024
Registro de Propiedad Intelectual
N° 2024-A-1169

© RIL® editores, 2024
© Pranas Chile Ediciones, 2024

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición e impresión: RIL® editores
Diseño de portada: Í. L.-G.

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1612-3

Derechos reservados.

RELACIONES DE RECIPROCIDAD, NO DANDO POR SENTADO AL OTR*

La reciprocidad a la que me refiero no sería una transacción, sino más bien una relación vinculada al reconocimiento. Por lo tanto, no sería «devolver», ni «pagar», ni otras prácticas de negociación. Estas relaciones de reciprocidad son mucho más complejas que una resta que resulta en cero.

La vida en comunidad se hace posible por una cantidad incontable de colaboraciones, algunas más visibles, otras menos. Las primeras con mayor valor asignado, las segundas, comúnmente, dadas por sentadas y asignadas a corp*s adscritos con identidades precarizadas.

Por ejemplo, la maternidad, impuesta a los cuerpos identificados como *mujeres*.

Se argumenta bajo supuestos científicos, metafísicos, religiosos y jurídicos los cuales construyen una serie de discursos que inventan una naturaleza inscrita en esa corporalidad que tiene el potencial de gestar e identificada con la ficción política categorizada como mujer. Estos discursos permean la cultura popular y construyen verdades tan simples y peligrosas como la existencia de un instinto materno, que las mujeres tienen un cerebro con capacidad multitarea, que el amor de una madre es lo más importante, que el apego, que la presencia, que la dedicación, que el sacrificio y otras muchas mentiras disparadas a estas personas, cuyo único efecto real es su

explotación en beneficio de la comodidad de otros cuerpos —también responsables del cuidado—, pero que terminan asumiendo tareas menores sin el menor juicio social ni, por lo tanto, culpa. Me refiero por supuesto, al cuerpo de los *hombres* (otra ficción política). Todo esto borrona de forma grotesca el hecho de que el cuidado es un trabajo no remunerado.

No estoy cuestionando aquí el amor que alguien pueda tener por la o las personas que cuida, aunque tampoco lo doy por sentado ni creo que cuidar y amar sean una unidad indivisible. Estoy hablando de políticas sociales que van produciendo declaraciones ocultas que justifican y promueven la explotación. El cuidado se da por sentado y se despoja de valor pues es supuestamente «natural», «como debe ser», «como Dios creó a la mujer y al hombre», es «la voluntad del Señor». Del mismo modo, bajo los mismo argumentos falaces, se ataca, descalifica, humilla o patologiza a la mujer-mamá que disiente de las formas hegemónicas impuestas de cuidado, esas mamás que están inventando formas de cuidado responsable, que a su vez desafían las matrices de la explotación, exigiendo colaboración real, equidad, reciprocidad.

«Con tan poquito se es mala mamá. Con tan poquito se es buen papá», publica Mailen Camus en su Instagram.

Pero quisiera también escribir sobre lo que empecé a llamar *reciprocidad indirecta*. Producto de la pandemia y para acompañarme, me compré una planta, un bonsái que llamé La Cantora. La llamé así porque cantábamos juntas durante las solitarias tardes en mi departamento santiaguino. Luego de largos meses de encierro, decidí irme de viaje por tres meses. No podía llevarme a La Cantora. Le pregunté a Nancy «una buena vecina que pronto me enteré era la misma Nancy (Guzmán) que escribe libros de dignidad y memoria— si podría cuidar a mi plantita, a lo que respondió sin pestañear: «¡Por supuesto!». Yo llamaba —no muy seguido— a Nancy y en una de estas conversaciones me cuenta que La Cantora había enfermado, tenía pena, quizá. Nancy le compró medicamentos, la lavaba cuidadosamente hoja por hoja, la protegía de un hongo que podría haberla hecho marchitar. Cuando volví después de mi larga ausencia, lo primero que hice fue

tocar la puerta de la vecina. La Cantora estaba ahí, ¡radiante! Llena de hojitas nuevas, sana, fuerte.

Me enteró que Nancy había incluso renunciado a un paseo en la playa para no cambiarle el hábitat a La Cantora. En estos tiempos, ¡estas primeras salidas valían mucho!

Me sentí tan, pero tan en deuda. «¡No!», me dijo la vecina con una sonrisa, «no debes nada, ¡esto no es un banco!». Claro que no, pensé, pero entonces, ¿cómo se hace? Le expresé que no daba por sentado este compromiso con el cuidado y le pregunté «¿cómo puedo retribuir?». Nancy me respondió: «Mira. Yo he recibido solidaridad de muchas personas en la vida. En dictadura, en mi exilio en Colombia, al regresar a Chile, mucha gente hizo cosas por mí que fueron maravillosas, las hicieron porque quisieron hacerlas. Yo ahora te cuido la plantita. Tú cuida la plantita después a otra persona que necesite. Así vamos construyendo el mundo».

